

## UN CRITICO DE ARTE ARGENTINO: ROMUALDO BRUGHETTI

Si la poesía es cultivada sin tasa en el área de la lengua hispánica, de modo particular en América, contrariamente la crítica—tanto la literaria como la artística—tiene muy contados representantes. ¿A qué se debe esta diferencia? Quizá la respuesta esté en la inversión completa de aquella famosa frase de Boileau: «La critique est aisée, mais l'art est difficile». O sea, en replicar que el arte es fácil y la crítica difícil. Pero no; en rigor de verdad, todas las artes y géneros son igualmente difíciles cuando se abordan con exigente conciencia, con rigor autocrítico, prescindiendo del fácil conformismo al que muchos sucumben. Lo dificultoso, en todo caso, es llegar tanto en la poesía—entendida ésta como *Dichtung* o invención literaria, en un sentido muy extenso—que no se circunscribe a la lírica—como en la crítica propiamente dicha, a cierto grado de excelencia. Tal es el caso de Romualdo Brughetti, sobre el cual volveré dentro de un momento.

Pero antes permítanseme algunas reflexiones sobre el conflicto de las artes y los géneros, que no es tal, sino más bien correspondencia y aun integración. Ya en un libro mío—*Minorías y masas en la cultura y el arte contemporáneo*—adelanté algunas nociones. Referido a la poesía en relación con la pintura, más ampliamente, a la literatura y las artes plásticas, el pleito viene de antiguo. Se remonta a la época neoclásica, finales del siglo XVIII, con *Laocoonte*, de Lessing, quien pretendía erigir una barrera o antagonismo radical entre poesía y pintura. Pero ya en el libro mencionado hube de demostrar que tal incompatibilidad no existe; antes bien, una influencia recíproca, aduciendo numerosos ejemplos de obras literarias, que van desde Baudelaire a Alberti. Además, hoy creemos—en contra de Croce—que los géneros literarios existen, pero que no son excluyentes, ni admiten prioridades en abstracto; aún más, los hechos nos demuestran todos los días que tales géneros no viven aislados, se interpenetran e influyen; que, por ejemplo, la novela, como un avestruz, ingiere cuanto material se le pone por delante, desde la metafísica al reportaje; que la poesía se aleja muchas veces del puro lirismo y no vacila en asimilarse sustancias dramáticas y aun épicas—caso de León Felipe—; que la crítica, erróneamente estimada por algunos como un género inquilino o parásito, aunque absorba múltiples sustancias, puede elevarse a la categoría de creación, cuando no solamente ordena y jerarquiza, sino cuando además abre rumbos y descubre valores. En suma, la crítica deja de ser divagación gratuita, vano cimientito de verbalismos, pretexto sobre los textos; es decir, lo contrario de lo que falsamente se entendió como «crítica poética». Sólo entonces adquiere sustantividad, que no

blos sintéticos, tales el Grupo «N», «Uno», «Tiempo», etc. Multiplicación excesiva —se dirá—. Desde luego, tanto como son levísimas las diferencias con que pretenden singularizarse. ¿Significa esto que asistimos a un período agudísimo de crisis a una atomización del arte más que al orto de una época capital? Tal es la interrogación que deja flotando un libro tan claro y documentado como el de Romualdo Brughetti, cuya lectura no deberá omitir quien intente estar al día de las variantes del fenómeno estético, y por el cual hemos de felicitarle y alabarle sin reservas.—GUILLERMO DE TORRE.

## ALCURNIA Y OLVIDO DE ANDRE BRETON

### RETRATO EN SU GRAFISMO

André Breton, en la curva cerrada de su pelambarrera y su rostro potente, con los años a cuestas; no en demasía, puesto que nació, en la provincia francesa del Orne, en 1896. Y hombre cabal en su grafismo. Intensidad del dibujo, esto es, de la mirada. Ojos relucientes, duros, cual piedras de dureza extrema. Ahí reside la vigencia y la penetración del mirar.

Alargamiento de la cara, en sentido vertical, de arriba abajo, y una masa o cabellera como orla. Redondeando los ángulos y aristas. Geometría sin espacio, con la personalidad encima, caracol que lleva la casa sobre los hombros. Así es. Y André Breton corresponde a la misma fotografía que durante décadas se hizo célebre en el mundo.

Entereza, asimismo. Rasgo psicológico de lo estrujado, de un corazón que gruñe en estercolero (¿la suciedad moral de la cultura y, por ende, de la sociedad?) como si quisiese suprimir todas las cascarrias.

Un hombre en su busto, con la chaqueta que le servía de decorado. Alguna presunción, es la pura verdad.

Y luego (acaso en vez de decir «luego», dígase «ante todo») las manos. Nervios de hojas rugosas, extendidas en la conquista del vivir. Manos con la pluma dispuesta a luchar, en eco directo de la lanza en ristre del Quijote manchego. Manos, por tanto, en acción. ¿Y no es también Quijote francés este André Breton que nos preocupa, seduce, interesa? Lo dicho: las manos. En su exactitud combatiente: para servir, para escribir. Manos significativas, con escudo y alcurnia de la madurez.

Es esta idea, a mi juicio básica, lo que forma los cimientos pro-